

EL SEÑORITO FRÍVOLO

POR

Miguel de Unamuno



LA exaltación de los investidos a que asistimos en nuestros días», según D. Angel Ossorio y Gallardo —lo entrecomillado lo sacamos de la página 83 de su sugestivo libro *Los Hombres de toga en el proceso de Don Rodrigo Calderón*—, esa triste exaltación no es la señal más trágicamente fatídica de la disolución moral y civil de los tiempos que corremos en España; la señal más trágicamente fatídica de la disolución moral y civil, acaso también de la nacional, en España es el predominio de los señoritos frívolos por mucho que de ciudadanía alardeen. La ciudadanía no es más que un deporte más para el señorito frívolo. Porque el señorito frívolo es ante todo y sobre todo deportivo.

La frivolidad señoritil, engendradora en peraza mental, y cordial, en una tremenda superficialidad espiritual —de un espíritu que no siendo sino sólo superficie no es tal espíritu—, toma la vida y el mundo en juego y el único valor que ejerce es el de correr los azarosos peligros de un juego. El interés del señorito frívolo es el interés que se puede poner en una partida de monte o de siete y media, y el valor del señorito frívolo es el valor del que se juega su fortuna, y con ella su porvenir, y acaso su vida, a una carta.

Los señoritos frívolos tienen, por ejemplo, una terrible noción de lo que deben ser los austeros oficios de gobernar y regir a un pueblo, tienen una terrible noción del principio de autoridad, ninguna de la justicia, y una noción terribilísima de lo que sea el orden. El orden para los señoritos frívolos consiste en que no les interrumpan en su juego, en que no se les obligue a pensar y a sentir en serio. Sobre todo a sentir en serio. Porque los señoritos frívolos no saben lo que es la seriedad en el sentir y son capaces de poner en la consecución de un capricho —y de un capricho no ya sentimental, sino sensual— todo el ardor que deberían emplear en el austero cumplimiento de la función de su oficio, cuando le tienen. Porque los más de los señoritos frívolos no tienen oficio. Y si le tienen, es como si no le tuviesen o sólo en vista del beneficio. El señorito frívolo propende a hacer de su oficio una sinicura.

Venimos viendo que la íntima disolución de una nación es favorecida, no curada ni contenida, por un régimen de clandestinidad y, lo que es peor que de clandestinidad, de mentira y de perjurio, por un régimen en que para

mantener eso que se llama el orden y el principio de autoridad, y que no son sino el desorden y la anarquía, se llega hasta a ordenar el embuste y la ocultación de la verdad —más aún, la denegación de ella—; pero hay algo más fatídicamente trágico y es la frivolidad. ¡Porque hay que oír las cosas que dicen los que defienden, siquiera por razón de orden de Estado, la conveniencia de ocultar la verdad, de mentir, de falsear los juicios! ¡Hay que oír lo que a un señorito frívolo se le ocurre para excusar, v. gr., el que un tribunal de justicia dé un fallo basado en considerandos en que de industria se falseó los hechos;

No, no es la aviesa perversión moral, que en tiempos y lugares llegó a tiranías no exentas de cierta fantástica grandeza, no es eso lo peor. Lo peor es la frivolidad. La frivolidad juega con todo.

¡Y hay que oír en estos días a los señoritos frívolos de la ciudadanía deportiva! Los mismos que se dedicaban a apalear serenos o a jugar en noches de invierno con pobres mercenarias divirtiéndose al verlas tiritar de desnudez, esos mismos señoritos viciosos y corrompidos por frívolos y no por otra cosa, porque no saben cómo llenar el vacío de su corazón y de su cabeza, esos mismos señoritos juegan ahora al orden, a la energía, a la autoridad. Y la corrompidísima prensa que les sirve de órgano, se burla de los que llama escrupulos zapironescos de los que quieren salvar con la civilidad, la seriedad de la vida pública.

La tragedia de la historia nos ha hecho que aparezcan como consumados malhechores pobres diablos que no pasaron de ser unos señoritos frívolos. Por frivolidad, acaso por quitarse de encima una molestia, se ha lanzado a pueblos a terribles catástrofes. «¡Ea!, ¡ya me tienen hartos!, ¡haré una que sea sonada y salga lo que saliere!, ¡todo, menos esta lata!», llega a decir un señorito frívolo. Y luego, aquella frase histórica de: «¡Dios nos la depare buena!»

Pero hay otra frase también histórica y que es la más trágica quintaesencia de la frivolidad. Es la de la Cierva cuando dijo: «De aquí a cien años, todos iguales» o algo así. Pero esta horrible frase, esta blasfemia de la más negra e impía frivolidad merece comentario aparte.

